

GASTRONOMÍA CANÍBAL EN MEQUINEZ: VIEJOS Y NUEVOS AVATARES DE UN CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES Y EL SENDEBAR¹

JOSÉ MANUEL PEDROSA

Universidad de Alcalá

Title: Cannibal cuisine in Mequinez: old and new avatars of a story of *One thousand and one nights* and *Sendebär*

Abstract: The stories about food cooked with nasty ingredients (sometimes with human flesh) are known from the Middle Ages until today. They are included in *Arabian Nights* and *Sendebär*, and today circulate as urban legends. This article analyzes their evolution and poetics.

Key words: *Arabian nights*, *Sendebär*, urban legends, folk tale, folk legend, oral literature.

MOROS CONTRA HEBREAS, DESDE LA LEJANA PRENSA ESPAÑOLA

El diario madrileño *La esperanza* publicó el 19 de septiembre de 1868, en su página 4, esta noticia desgraciada y escabrosa, que llegaba desde el otro lado del Estrecho:

El Eco Nacional publica una correspondencia de Marruecos, en que se da cuenta de un crimen ocurrido en Mequinez, y que apenas es creíble.

“Había en aquella ciudad un moro que se dedicaba a la fabricación y venta del *kefta*, que no es otra cosa que la carne asada dividida en trocitos y ensartada en una vareta de caña, con alguna gordura en los intermedios. Había adquirido fama el hostelero por lo gustosa y bien elaborada que era su mercancía, y sus parroquianos se aumentaron en número, hasta el grado de proporcionarle una situación desahogada.

Todo esto aumentaba su clientela y *escitaba* al mismo tiempo la envidia de los de su ejercicio, que no acertaban a comprender cómo su rival había conseguido dar más ternura y mejor gusto a la carne de carnero, que es la que todos emplean para confeccionar el *kefta*.

En las principales ciudades de Marruecos, las hebreas pobres, que son infinitas, son las que proveen los mercados de la prostitución. Como el vendedor de *kefta* tenía fama de rico es fácil comprender que aquellas hijas degeneradas de la desgracia no desdeñarían a un hombre que les ofreciera lo que ellas necesitaban, que era dinero. En efecto: el moro las daba frecuentes citas, y ninguna de aquellas mujeres pudiera quejarse con nadie de la poca

¹ Agradezco su ayuda, mientras elaboraba este artículo, a José Luis Garrosa, Luis Miguel Gómez Garrido y Luis Díaz Viana.

galantería del moro, por la sencilla razón de que la que entraba en su casa no volvía a salir.

Nadie se metía en reclamarlas, porque regularmente estas mujeres viven aisladas, y eligen una ciudad donde no nacieron ni son conocidas.

En la última cita que el tendero dio a una de esas desgraciadas, tuvo que salir a un negocio urgente, y la dejó encerrada. Viéndose sola, tuvo miedo, y un secreto presentimiento la hizo procurar instintivamente un socorro. Pasaban a la sazón los *asasa*, o serenos. Era cerca de media noche, y sintiendo algunos sollozos y ruido del lado adentro de las puertas del tendero, se pusieron en comunicación con la hebrea, forzaron la puerta, y penetraron en la casa: hicieron en ella un escrupuloso registro, y bajando a una *matmora* (mazmorra o sótano), encontraron en ella hasta veintisiete cabezas de mujer, y diseminados por el suelo muchos huesos, pertenecientes a los cuerpos decapitados.

Puede ya comprenderse el horror que la vista de semejante cementerio produciría en aquella gente, singularmente en el ánimo de la desgraciada mujer, destinada a la hecatombe que había dado principio con sus infelices compañeras.

Ya pudo adivinarse el destino que se había dado a la carne de aquellas osamentas. El *kefta* que el público de Mequinez hallaba tan gustoso, estaba condimentado con ella.

¿Puede comprenderse la terrible y desigual lucha que tendrían que sostener con su asesino? Aquel hombre, más cruel que los tigres y las hienas de su país, tenía acaso la fría complacencia de destruir en las hebreas una de las más bellas creaciones de la naturaleza, y al colocar sus cabezas en hilera, parece que se proponía decir, hablando consigo mismo: “¡He aquí los objetos de mis amores y de mi codicia!”.

El moro fue sorprendido a su vuelta, y cargado de cadenas. El Sultán, supremo juez de los tribunales, lleno de enojo, condenó al reo a que fuese azotado por las calles de Mequinez, y que al mismo tiempo se fuesen cortando a pedacitos sus carnes, arrojándolos a los infinitos perros que andan vagando por la población”.

Por todo lo no firmado, Nicolás García Sierra.

Reportaje sin duda perturbador, ante el cual nos queda la defensa, o el consuelo, de pensar que posiblemente no merezca ser encuadrado dentro de la categoría de las noticias dignas de crédito, sino en la de los rumores apócrifos, o cuando menos muy exagerados. Porque hay unas cuantas marcas inscritas en su trama que no pueden menos que despertar sospechas acerca de su (in)verosimilitud. “Apenas es creíble”, se permitía advertir el párrafo con el que el diario *La esperanza* introducía, cautelosamente entremillada, la noticia publicada antes por *El Eco Nacional*. “Por todo lo no

firmado”, remataba con ironía “Nicolás García Sierra”, el periodista encargado de entrecomillar la noticia que el otro diario había dado. Maneras no muy disimuladas de evitar el compromiso con la veracidad de lo citado.

Razones para la duda no faltaban: al margen de la difusa localización en la ciudad de Mequinez (o de Meknés), en Marruecos, nada concreta nuestra ambigua crónica periodística acerca de la fecha en que habrían sido perpetrados los monstruosos crímenes; ni publica el nombre del asesino, por más que su fama pudiera dejar pálida a la del mismísimo Barbazul; ni explica por qué razón un matarife consumado, que se las habría arreglado para liquidar a veintisiete mujeres nada menos, permitió que la que iba a ser su víctima siguiente se le escapase con facilidad, sin tomar la precaución siquiera de dejarla atada o amordazada en su encierro; ni justifica que lo que hubiera debido ser noticia de gravedad enorme quedase relegada (y sin mayores ecos o seguimientos periodísticos, que nosotros sepamos) a las deslucidas páginas de anecdotario del diario madrileño, cuando no muchos años después las nuevas que llegarían desde Londres acerca de los crímenes (menos numerosos y sin el dramático ingrediente caníbal) de Jack el Destripador ocuparían las portadas de la prensa mundial. El relato incurre, por añadidura, en el tópico, muy manido (en España tenía viejas raíces medievales), de las “hebreas [como] una de las más bellas creaciones de la naturaleza”.

Indicios, en fin, que agravan la sospecha de que —para alivio de todos— estamos ante un rumor fantasioso, o por lo menos sensacionalista, al que ni los periodistas que se hicieron eco de él en sus periódicos otorgaron demasiado crédito. ¿Acaso porque estaban acostumbrados a escuchar, y a veces hasta a leer en la prensa más sensacionalista, habladurías de aquella (devaluada) especie? ¿Quizás porque el triángulo narrativo formado por un moro asesino, unas judías asesinadas y unos receptores situados en la lejana España, sin posibilidad de contrastar fuentes ni de confirmar detalles, incurría en demasiados tópicos, interponía demasiadas distancias, y dejaba

todo el relato en el limbo de lo que hoy denominaríamos leyendas urbanas o contemporáneas?

Nos queda la inquietud, de todas maneras, de que la presunta crónica publicada por *La esperanza* y por *El Eco Nacional* en 1868 pudiera ser no noticia, pero sí exageración, de algún asesinato real, con menos víctimas y menos ingredientes cruentos, pero real e histórico. Casos de violencia criminal contra las mujeres no han dejado nunca, por desgracia, de producirse. El que una comunidad genere relatos como este, por poco concretos y verosímiles que (en el caso que ahora nos ocupa) puedan parecer, es síntoma, de cualquier manera, de que alguna grave enfermedad social la corroe.

DE LAS MIL Y UNA NOCHES Y EL SENDEBAR PARA ACÁ

La naturaleza parcial o totalmente ficticia de la presunta noticia publicada por la prensa española de 1868 podría ser, seguramente, corroborada por lo que nos sugieren otros relatos —acreditadamente fabulosos— que tenemos atestiguados desde hace siglos, y que se hallan protagonizadas por cocineros fraudulentos cuyos manjares se ganan el favor de un amplio público a pesar de sus ingredientes asquerosos, a veces cadavéricos.

Que es muy probable que nos encontremos ante un tipo de relato consuetudinario, de raíz folclórica, reciclado —con bastante tosquedad— en 1868 como reportaje periodístico, lo acreditan, para empezar, sus analogías con este cuentecillo que se halla engastado en la *noche 580* de las *Mil y una noches*. Bastante más inocuo que el que ya hemos conocido —porque no hay crímenes de por medio—, pero de todas maneras muy repugnante:

Me he enterado, ¡oh, rey!, de que un mercader que era avaro en el comer y en el beber partió un día hacia cierto país. Mientras iba por los mercados tropezó con una vieja que llevaba dos panes y le preguntó si quería venderse los. “Sí”, contestó la vieja, y él, tras ofrecerle un precio bajísimo, se los compró, marchó a su domicilio y los comió aquel día. Al día siguiente volvió al mismo lugar y encontró a la vieja con dos panes, que le compró; y así siguió la cosa durante veinte días. Pero luego la vieja se ausentó. Preguntó por ella, pero nadie le supo dar razón. Cierta día, mientras andaba por una de las calles de la ciudad, la vio, se paró, la saludó y le preguntó el motivo

de su ausencia y por qué había dejado de venderle los dos panes. Al oír sus palabras, la vieja no quería contestarle, pero la conjuró a que le informara. “Oye la respuesta, mi señor —dijo entonces la vieja—. Yo estaba al servicio de un individuo que tenía dolor de riñones. Tenía un médico que tomaba harina, la mezclaba con manteca y la dejaba durante toda la noche sobre el lugar dolorido. Por la mañana yo cogía la harina, hacía dos panes con ella y luego la vendía a ti o a otros. El hombre ha muerto, y yo he dejado de tener los dos panes”. “¡Nosotros somos de Dios y a Él hemos de regresar! —exclamó el mercader al oír aquellas palabras—. ¡No hay fuerza ni poder sino en Dios, el Altísimo, el Grande!”... Y no cesó de vomitar hasta que enfermó y se arrepintió, cuando su arrepentimiento de nada podía servirle.²

Este viejo e inquietante cuentecillo (cuyo “dolor de riñones” pudiera ser eufemismo de “dolor de hemorroides”, como sugerirán otros textos que aún hemos de conocer) debe hundir sus raíces en la noche de los tiempos, y había de ser oral y tradicional antes de hallar acogida en las páginas de las *Mil y una noches*. Atravesó después tiempos y lugares realmente insólitos. Caló, por ejemplo en el *Sendebbar*, la compilación de cuentos orientales cuyas ramas y refundiciones se extendieron por Asia, África y Europa en la Edad Media y después. De hecho, un paralelo suyo bastante cercano asoma, como cuento número 4 (el etiquetado como *Panes*), en la versión del *Sendebbar* que fue mandada traducir al castellano por Alfonso X el Sabio en el siglo XIII. Las “anpollas en las espaldas” de este relato puede que remitan eufemísticamente, otra vez, a “hemorroides”:

Era un mercador muy rico e era señerigo e apartado en su comer e en su beber, e fue en su mercaduría, e levó un moço con él, e posaron en una çibdat muy buena e el mercador enbió su moço a mercar de comer e falló una moça en el mercado que tenié dos panes de adárgama, e pagóse del pan, e comprólo para su señor. E levólo e pagóse su señor de aquel pan. E dixo el mercador a su moço: —Si te vala Dios, que me compres de aquel pan cada día si lo fallares.

E el moço iba cada día a la moça e conprávale aquel pan e levávalo a su señor. E un día falló la moça que non tenía pan, e tornóse a su señor e dixo que non fallava de aquel pan. E dixo el mercador que demandase a la moça

²*Las mil y una noches*, ed. Juan Vernet, 2 vols., Barcelona: Planeta, 1997, vol. II, pp. 304-305.

cómo lo fazía aquel pan. E el moço fue a buscar a la moça e fallóla, e dixo: —Amiga, mi señor te quiere alguna cosa que quiere fazer.

E ella fue e dixo: —¿Qué vos plaze?

E el mercador le preguntó: —Señora, ¿cómo fazedes aquel pan, e yo faré fazer otro tal?

E ella dixo: —Amigo, señor, salieron unas anpollas a mi padre en las espaldas e el fésigo nos dixo que tomásemos farina de adárgama e que la amásásemos con manteca e con miel e que gela pusiésemos en aquellas anpollas, e quando uviésemos lavado e enxugado toda la podre, que gela tirásemos. E yo tomava aquella masa en escuso e fazía pan, e levávalo aquel mercado a vender e vendíalo. E, loado Nuestro Señor, es ya sano e dexámoslo de fazer.

E el mercador dio grandes bozes del gran asco que avía de aquel pan que avía comido e quando vido que provecho ninguno non tenía, dixo contra su moço:

—Mezquino, ¿qué faré que busquemos con que lavemos nuestras manos e nuestros pies e nuestras bocas e nuestros cuerpos? ¿Cómo los lavaremos?³

En un registro más cómico e irreverente, chascarrillos acerca de alimentos asquerosos servidos por algún pícaro defraudador a comensales inadvertidos informan las historias 10, 37 y 86 de la colección de chistes protagonizados por *Till Eulenspiegel* en el ciclo narrativo alemán de comienzos del siglo XVI, aunque sus raíces orales vendrían, por supuesto, de antes. El motivo alcanza a la célebre novela *Hong Gaoling (Sorgo rojo)*, del escritor chino (nacido en 1955) Mo Yan, Premio Nobel de Literatura en 2012, que ensalza el vino que elaboraba una familia campesina, reputadísimo gracias al muy bien guardado secreto de que orinaban en él mientras fermentaba. Novela que inspiró la película homónima dirigida por Zhang Yimou, que ganó el Oso de Oro del Festival de Cine de Berlín en el año 1987. Un motivo análogo informa también alguna prosa castellana de Miguel Delibes acerca de algún vino especialmente notable por algún ingrediente repugnante, o alguna creencia parecida bien arraigada hasta hoy en Perú:

El vino ese le pisaban en los lagares de Marchamalo, a tres leguas de mi pueblo, y, al decir de los entendidos, no era recio tan sólo por las uvas de sus bacillares, un verdejo sin pretensiones, sino porque los mozos trituraban la uva sin lavarse, con la acritud del sudor y del polvo aún agarrada a los pies.⁴

³*Sendebarr*, ed. María Jesús Lacarra, Madrid: Cátedra, 1989, pp. 89-91.

⁴Miguel Delibes, *Viejas historias de Castilla la Vieja*, Madrid: Alianza, reed. 2001, p. 25.

La guarachina que se hace con los pies descalzos.

Sí, cuando te vas a la vendimia, ahora, ahorita, la gente pisa con los pies sucios la uva. Y tomamos la *guarachina*, que es un vino dulce. Sí, lo he visto hacerlo y tomarme el vino. No me da asco. Es como una tradición.⁵

A todos estos avatares de la fábula del alimento de sabor succulento y composición repulsiva dediqué un artículo que fue publicado en 2003, y que está accesible en Internet, lo que me exime de reiterar o de glosar ahora los mismos textos.⁶

MANJARES DEMASIADO SUCULENTOS Y LEYENDAS DEMASIADO CREÍBLES

A cualquier lector español e hispanoamericano medianamente avisado el repaso de este tipo de relatos le habrá traído a la memoria alguna de las muchas leyendas urbanas o contemporáneas que hoy circulan acerca de los ingredientes repugnantes, a veces cadavéricos, que se cree en muchos lugares que son servidos en los restaurantes chinos o en los establecimientos de comida rápida estadounidense (MacDonalds, Burger King, etc.) que, a impulsos de la globalización, andan extendiéndose por todas partes. En España casi todo el mundo ha escuchado, y posiblemente más de una vez, el rumor (absolutamente infundado, aunque algunos le den crédito) de que en los restaurantes chinos se sirve con éxito, bien desmenuzada y condimentada, para que su textura se vuelva irreconocible, la carne de todo tipo de animales repulsivos (y en todos los grados posibles de putrefacción). Y se señala también, como ingredientes típicos en sus mesas, la carne de las personas chinas que fallecen en nuestro país. Razón por la cual (añade el

⁵ *Cuentos y leyendas inmigrantes. Duendes, fantasmas, brujas, diablos, santos, bandidos, y otros seres inquietos e inquietantes de Hispanoamérica y de algún misterioso lugar más*, coord. José Manuel Pedrosa, Cabanillas del Campo, Guadalajara: Palabras del Candil, 2008, núm. 357.

⁶ José Manuel Pedrosa, “Pan de adárgama y vino de sorgo: *Las mil y una noches* (noche 580), el *Sendeban* (cuento 4), *Sorgo rojo* de Mo Yan y una *Vieja historia* de Miguel Delibes”, *Revista de Poética Medieval* 10 (2003) pp. 101-110.

rumor) las comunidades chinas no informan jamás (extremo que es también falso) acerca del fallecimiento de ninguno de sus miembros.⁷

El requisito de que la vianda esté concienzudamente troceada o machacada es crucial, claro, para infundir verosimilitud al rumor. Recuérdese que el moro del Mequinez de cuyos crímenes se hablaba en 1868 era especialista en elaborar “carne asada dividida en trocitos y ensartada en una vareta de caña, con alguna gordura en los intermedios”.

Si hubiéramos de reunir una antología exhaustiva e internacional de este tipo de relatos, lo cierto es que no acabaríamos nunca. De internet, por ejemplo, podríamos descargar un muestrario inacabable. Limitémonos a asomarnos ahora a estas fábulas que vienen de Perú y de Nicaragua, y que apartan, por fortuna, el ingrediente humano del menú:

Los restaurantes chinos y los gatos de Lima.

Es como en Lima. En Lima no hay gatos. Se los comen todos. Se los comen. Son para los chipas. Los chipas son los chinos, que les dicen acá. O para la gente criolla, [que] también come gatos, mucho, en estofado.

⁷Sobre este tipo de leyendas, véase Antonio Ortí y Josep Sampere, “Los peligros de yantar apresurado” y “La cocina caníbal”, en *Leyendas urbanas en España*, Barcelona: Martínez Roca, 2000, pp. 175-191; Grup de Recerca Folklorica d’Osona, *Benvingut/da al club de la SIDA, i altres rumors d’actualitat*, coord. Josep M. Pujol, Barcelona: Generalitat, 2002, núms. 7 (“Les pastilles d’aprimar-se”), 8 (“El restaurant xinès”), 9 (“El gos en un restaurant de la Xina”), 10 (“El restaurant d’èxit”) y 12 (“Arròs d’escarabat”); Luis Díaz Viana, “La aldea fantasma: problemas en el estudio del folklore y la cultura popular contemporáneos”, *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* LVIII (2003) pp. 29-46, pp. 36-37; Díaz Viana, *El regreso de los lobos. La respuesta de las culturas populares a la era de la globalización*, Madrid: CSIC, 2003, pp. 163-171; Díaz Viana, *Narración y memoria. Anotaciones para una antropología de la catástrofe*, Madrid: UNED, 2008, pp. 119-129; José Manuel Pedrosa, “Comidas y bebidas bajo sospecha”, en *La autoestopista fantasma y otras leyendas urbanas españolas*, Madrid: Páginas de Espuma, 2004, pp. 249-253; Pedrosa, “Vampiros y sacamantecas: dieta blanda para comensales tímidos”, *Antropologías del miedo. Vampiros, sacamantecas, locos, enterrados vivos y otras pesadillas de la razón*, eds. Gerardo Fernández Juárez y José Manuel Pedrosa, Madrid: Calambur, 2008, pp. 15-48; y José Joaquim Dias Marques, “Leyendas vivas en Portugal: el robo de órganos en las tiendas de los chinos”, *Antropologías del miedo*, pp. 259-296.

Dicen que está muy bueno, que sabe a conejo. Como dice él, lo comió Rafa, y dice que es buenísimo. Y seguro que yo he comido gato, pero como no me entero.⁸

Las costillas de gato. Bueno, esto es más o menos una leyenda urbana la que voy a relatar. Es un bar, un famoso bar en nuestro país. A diferencia de aquí, no se sirven tapas. Eso es algo excepcional. Estamos hablando de los años [19]60, [19]70. Esto me lo relató mi padre.

Entonces llegaban todos los borrachos, incluyendo a mi padre, por supuesto, a tomarse su ron. Y, junto al ron, se servía, en vez de llamarle tapas, le llamamos *bocas*, pero es más o menos la misma idea. Entonces servían una *bica*, unas costillitas adobadas bien asadas que eran excepcionales.

Pero comenzó a suscitarse un hecho curioso en los alrededores. Y es que comenzaron a desaparecer los gatos. Y, bueno, que se perdía el gato de la fulanita... Y, en realidad, las costillas que servían en ese bar eran los gatos, que el tipo se los cargaba y la gente saboreaba.

Dicen que sabía incluso a conejo, que sabía riquísimo.⁹

El restaurante donde se come lo imposible.

Ahí, en la zona norte, hay un sitio que se llama *Delicias del desierto*, que es un tipo que cocina desde mono a todo lo que se mueva y corra y eso. Atrás del restaurante tiene una especie de corral, pero muy improvisado y eso, ¿no? Ahí tiene conejo, tiene serpientes, tiene armadillos, tiene mofetas, tiene lo que sea.

Y lo típico es que, bueno, también está adornado con muchos animales disecados, ¿no? Y el éxito, o lo llamativo, es que vos *entrás, pasás* al fondo y *elegís* lo que te vas a comer. Y es o una musaraña, o un armadillo, o una culebra, lo que sea. Y, de lo imposible, *comés*¹⁰

Nos encontramos, conforme a los textos y datos que vamos allegando, ante un tópico narrativo viejo, extendido y poliédrico, adaptable a contextos sociales e históricos muy variables, resistente al paso de las generaciones. Ello se debe a que los ritualismos gastronómicos ocupan, con todas sus filias y sus fobias, un lugar muy sensible y relevante dentro del imaginario humano. Esta modalidad de creencias entroncan por ejemplo, si miramos hacia nuestra cultura más clásica, con los rumores que corrían en nuestros Siglos de Oro acerca de empanadas y pasteles que eran en realidad masas machacadas y adulteradas (según denunciaron Quevedo, Lope de Vega y muchos más) con ingredientes que se sospechaban repugnantes: no

⁸ *Cuentos y leyendas inmigrantes*, núm. 361.

⁹ *Cuentos y leyendas inmigrantes*, núm. 360.

¹⁰ *Cuentos y leyendas inmigrantes*, núm. 362.

solo con la carne de gatos o de caballos enfermos, sino a veces también de cadáveres humanos.¹¹ Limitémonos a consignar ahora este solo (y de nuevo bastante inocuo) ejemplo áureo:

Preguntando un caminante a un ventero de Sierra Morena qué tenía de comer, respondió que no había otra cosa sino huevos.

Replicó el caminante:

—¿Habrá alguna carne salpresa, como de la que me distes hoy ha ocho días, cuando pasé por aquí?, que en verdad no he comido en mi vida cosa que mejor me supiese.

Dijo un mochacho, hijo del ventero:

—Caro costaría, si cada semana se nos hubiese de morir un rocín.¹²

El tópico se halla emparentado a su vez con un cuento que sigue siendo tradicional hasta hoy en España: el que en algunos lugares se conoce como *El tocino de las almorranas*, cuyo título lo dice casi todo, y sugiere (aunque no confirma del todo) que los dolores de “riñones” y de “espaldas” de los cuentos medievales de las *Mil y una noches* y del *Sendebär* podían ser, en realidad, dolores causados por hemorroides.¹³ He aquí una versión del pueblo de Valdecaballeros (Badajoz):

¹¹Véase al respecto Elena del Río Parra, “From Law to Urban Legend, and Vice Versa: Creative Food Counterfeiting in Early Modern Spain”, *Boletín de Literatura Oral* 2 (2012) pp. 121-128.

¹²Melchor de Santa Cruz, *Floresta Española*, ed. María Pilar Cuartero y Maxime Chevalier, Barcelona: Crítica, 1997, XI, VI, 9, pp. 296-297. Véase además José Luis Agúndez García, “Tradición oral y literatura (II). Cuentecillos de Santa Cruz en Rafael Boira”, *Revista de Folklore* 288 (2004) pp. 194-207, núm. 53 (“*El estofado sabroso*”).

¹³Se trata de un cuento relativamente común en el repertorio folclórico español. Entre las abundantes versiones registradas, destacan (porque aportan aparatos críticos muy interesantes) las publicadas en Jesús Suárez López, *Cuentos medievales en la tradición oral de Asturias*, Gijón: Red de Museos Etnográficos de Asturias, 2008, núms. 44.1, 44.2 y 44.3; Anselmo J. Sánchez Ferra, *Camándula (El cuento popular en Torre Pacheco)* [*Revista Murciana de Antropología* 5 (2000)] núm. 233; Anselmo J. Sánchez Ferra, *El cuento folclórico en Cartagena* [*Revista Murciana de Antropología*] 17 (2010) núms. 227 y 593-595; y Hernández Fernández, *Catálogo tipológico del cuento folclórico murciano*, Alcalá de Henares: El jardín de la voz, 2013, núm. 1578A*.

El tocino de las almorranas.

Una vez otra cuadrilla del pueblo, estaba yo también, fue a segar a Esparragosa. Y, por la noche, se acostaron en una *posá*; y, como había *mucho* hambre, dos *segaores* se levantaron y rebuscaron, y encontraron en la alacena un cacho tocino, y se lo comieron. A otro día, la mujer de la *posá* estuvo preguntando y no aparecían los del tocino. *Asín* que la mujer dice a su hija:

—Hija, ¿tú no sabrás dónde está el tocino con el que me curaba las almorranas?

Y *enseguía* empezaron a devolver los dos, y se averiguó el pastel.¹⁴

Resulta curioso que los catálogos internacionales de cuentos no hayan, en general, considerado la posibilidad de asignar una entrada específica a este tipo de cuentos. El canónico catálogo de Aarne-Thompson-Uther, por ejemplo, da el número ATU 1578A* (*The Drinking Cup*) a un argumento que resulta parecido, pero que no es el mismo: el de “un muchacho (o muchacha, o criada) que ofrece a un invitado sediento un vaso (o jarro) de agua (o de leche, o zumo, o vino). Después de beber, el muchacho le informa de que un ratón se había ahogado en aquel agua, o de que el jarro había sido usado como orinal (o como plato para el perro)”.¹⁵ Según ese catálogo, se trata de un relato registrado en Finlandia, Portugal, Bulgaria, Cuba, República Dominicana y Puerto Rico. El número ATU 1578B* (*How a Woman Came to Loathe Tripe*) es resumido por el mismo catálogo de esta manera: “una mujer siente asco ante unas vísceras (o unos callos) tras ver de qué manera tan poco apetitosa son preparados”. El área de difusión que se señala a este otro tipo cubre solamente Letonia, Lituania, Bulgaria, Polonia y algunas tradiciones judías. De ello se deduce que el catálogo internacional de cuentos ATU no encuentra analogías ni relaciones —lo cual resulta bastante sorprendente— de ese tipo con los cuentos de *Las mil y una noches* y del *Sendebär* que hemos conocido ni con los relatos folclóricos que

¹⁴Juan Rodríguez Pastor, *Cuentos extremeños obscenos y anticlericales*, Badajoz: Diputación, 2001, núm. 76.19, p. 187.

¹⁵Traduzco de Hans-Jörg Uther, *The Types of International Folktales. A Classification and Bibliography, Based on the System of Antti Aarne and Stith Thompson*, Helsinki: Suomalainen Tiedeakatemia-Academia Scientiarum Fennica, 2004, núm. 1578A*.

también estamos analizando. Algún especialista español en cuentos tradicionales, como Ángel Hernández Fernández, ha intentado resolver la anomalía proponiendo dos ramas argumentales dentro del

Tipo 1578A*: *La comida o bebida repugnantes*. Este cuento se presenta bajo dos subtipos: a) una vieja desdentada ofrece agua a un sediento en un recipiente estropeado; el hombre, creyendo que por ahí no habrá chupado la vieja, bebe por el lado bueno, pero se equivoca; b) un hombre alojado en una casa se come por la noche un trozo de tocino que utiliza uno de los miembros de la familia para curarse las almorranas.¹⁶

La laguna en los catálogos internacionales se hace más llamativa —y lamentable— si se considera que no estamos ante un relato privativo de las tradiciones que aparecen consignadas en el catálogo. Lo prueba esta exótica versión rusa —perteneciente, además, a la importantísima colección rusa de Afanásiev—, que tiene además el mérito de nombrar, sin mojigatería alguna, el “trasero” (y no los riñones ni la espalda) como sede del dolor:

La mujer perspicaz.

Había una vez una viejita, tenía una hija muy desastrosa; destrozaba todo lo que caía en sus manos. Llegó la hora de casarla, y encontró a un tonto que la pidió por mujer y la consiguió; vivió con ella algo más de un año, incluso hicieron un hijo.

Una vez ella fue a visitar a su madre: ésta le da de comer y de beber. La hija come y dice:

—¡Ay, mamáita! ¡Es tan bueno tu pan, quita tan bien el hambre! El mío, sin embargo, no dan ganas ni de comerlo, es un ladrillo.

—Escucha, hija —le dice la vieja—, se ve que no trabajas bien la masa, por eso no te sale bien el pan; ¿por qué no trabajas la masa hasta que te sude el trasero? Así te saldrá como Dios manda.

Vuelta a casa, la hija prepara la masa y empieza a trabajarla; trabaja que te trabaja, se levanta las faldas y se toca: “¿Ya me suda el trasero?”. Y de nuevo a trabajar. Amasa durante dos horas, se ensucia todo el trasero, pero no consigue saber si le suda o no. Entonces se levanta la falda, se pone a cuatro patas y le dice al niño:

—Ven aquí y mira si mi trasero suda o no. El niño mira y dice:

—¡Mamáita! Los dos agujeros tocados y los dos van empastados.

¹⁶Hernández Fernández, *Catálogo tipológico*, núm. 1578A*.

Al oírlo, la mujer pensó que incluso lo había amasado demasiado, y con aquella masa coció un pan tan rico, que nadie se lo habría llevado a la boca, si hubiese sabido cómo lo había amasado.¹⁷

Puede que lo más llamativo e inquietante de toda esta amplia parentela de relatos sea la fluidez con que unos y otros circulan por el interregno que queda entre lo que muchas personas tienen por realidad y otros creen ficción. Se nos presentan a veces como chistes indudables (menos mal que en el que sigue no se nos dice dónde tenía su herida el abuelo):

—Mamá, mamá, ¿hasta cuándo vamos a estar comiendo mayonesa?
—Pues hasta que se le cure la herida al abuelooooo.¹⁸

Y otras veces se nos muestran como casos o anécdotas en primera persona, supuestamente garantizados por cronotopografías avaladas por la observación o por la cercanía a los hechos del narrador:

El asador segoviano.

Sobre los asados, en Segovia, en un pueblo, [omito el nombre del pueblo]. Es un señor que hacía los mejores asados de toda Segovia. Había estado enseñando a asar en Barcelona, aquí en [omito el nombre de otro pueblo]. Pero era mejor que no entraras donde hacía el asado, porque era muy guarro, iba con el cigarro... Yo lo he visto. A la gente no le importaba.

Se murió este señor el año pasado. Y es que todos los pueblos, cuando son fiestas, todos los pueblos de alrededor llamaban y contrataban a este señor para que hiciera sus asados. Él era carnicero. Lo que pasa que tenía su horno. Pero supongo yo que influía mucho que fuera un horno de adobe, con una leña especial y todo esto, ¿no? En el resto de los pueblos también existe el carnicero, con su horno de leña...

Pero como este hombre es que no asaba nadie. Bueno, su guarrería era ya una guarrería andante ya. Pero bueno, yo supongo que los lapos no los echaría en la carne, ¿no? Porque nunca le vi echar ninguno. Pero bueno, a saber cuando se quedara solo qué haría.

Ah, y los animales siempre los tenía llenos de moscas por todos los sitios, porque los tenía, los mataba él, y los tenía colgados y eso. Y tú veías eso todo lleno de moscas. El suelo estaba hecho una guarrería. Bueno, es que eso era... Va cualquier inspector de Sanidad ahí y, desde luego, que se lo cierra. Nada,

¹⁷Alexandr N. Afanásiev, *Cuentos prohibidos rusos*, trad. J. Garrote, Madrid: Mestas, 2002, núm. XXII, p. 69.

¹⁸Versión de Madrid, registrada por mí a J. L. G., de 29 años, en 2003.

y la gente seguía, y se jubiló el señor, y siguió... La gente seguía pidiéndole que asara para ellos, y el hombre asaba pues como si no se hubiera jubilado. Se le llevaron a enseñar a asar a Barcelona y a un montón de sitios por eso. Hacía chorizos y cosas de esas.

Él era soltero, y su hermana era muy supersticiosa. Y tenía la superstición de que, si la mujer estaba mala, o sea estaba con la regla, no se podía hacer chorizo, porque si no, no salía igual de bueno. Pues tenía una hija de mi edad, y nunca *la* decía a su madre cuándo estaba mala, porque es que más de una vez lo había hecho ella estando mala, y no le había pasado nada al chorizo. Pero, si no, su madre lo hubiera tirado el chorizo. Ya le hubiera empezado a saber mal.¹⁹

El relato que acabo de reproducir es particularmente desasosegante, porque pone en cuestión no el simple y concreto menú de un restaurante de un pueblo, sino toda una gastronomía regional y todo un símbolo, por tanto, de identidad cultural y social, dado que el asado de Segovia (y en general de Castilla la Vieja) es una de las especialidades culinarias (y también de los señuelos económicos y turísticos) más emblemáticas y reputadas de España. Poner en entredicho el recetario tradicional es poner en entredicho también la tradición, con todo lo que eso conlleva en el plano de la cultura simbólica y de los usos sociales.

No menos perturbadoras son las narraciones (tres de Nicaragua, una de Perú, otra de México) que reproduzco a continuación, que siguen dando fe, con todas sus protestas de verosimilitud, de fatales intromisiones de la impureza en lo que comemos y, por tanto también, en lo que pensamos, sentimos, creemos (y, por supuesto, tememos):

La fritanga de Managua, el asado de perro y el palo de chilamate.

Bueno, era una historia así, guarra. De una fritanga en Nicaragua, en uno de los barrios que se llamaba de Centroamérica. En Managua. Fritanga bueno, popularísima allí en Nicaragua. Fritanga le decimos a los que venden comidas fritas, ¿no? Es la persona común que sale de su casa y tiene unas mesas enfrente de su casa, grandes. Tiene un fogón con brasas, ¿no? O con carbón. Y, a la par, tiene así un número de comidas así, todas fritas, ¿no? Allí está la carne asada, pollo asado, el plátano verde que es en tiritas [y] se fríe, enchilada. Bueno, cuestión que es hecha en casa, ¿no? Todas fritas allí.

¹⁹La informante fue Raquel, de Segovia, entrevistada por mí en Madrid en 2003.

Bueno, pues esto es una carne asada que es famosísima allí. Sólo abría dos horas, o dos horas y media al día. No trabajaba sábados ni domingos. Sólo de lunes a viernes. Y abría de seis a ocho de la tarde. Ferviente clientela, carne asada... Pues resulta que había historias, ¿no?

Sólo había la señora y sus hijas, y sólo las mujeres atendían, pues no había ni un hombre, más que el que llevaba las cosas. Pero, en cuestiones de comida, [de] preparar [comida], ahí nada, sólo mujeres.

Entonces, decían que la carne asada tenía tanto éxito porque era hecha a base de carne de perro. Y, bueno, se llenaba, pero a reventar. Eran colas en carro, en bus. Ahí va gente de oficinas, gente de barrio, borrachos, de todo. Pero tenías que ir a las cuatro de la tarde por lo menos, para poder hacer la fila, y llegar y que te atendieran.

Y lo bueno es que comenzó a crecer. Obviamente, la clientela llegaba, ¿no? Y ya comenzó a tener nuevos ingresos, y comenzó a arreglar.

Casualmente, era debajo de un palo de chilamate. El chilamate era un árbol bien frondoso, con el tronco bastante ancho. Y dicen que no da flor, que no da fruto. Yo, hasta la fecha, nunca le he visto una flor o un fruto. Dicen que da después de las doce de la noche.

Y, bueno, se complementa un poco con la otra historia que quería contar, que se dice, que si uno sale a las doce de la noche y se va al palo, ¿no?, y baila desnudo debajo de este palo, aparece una flor, y que si *lográs* agarrar la flor, o tomarla, pues te da mucha prosperidad y te haces rico. Cualquiera noche, o, por lo menos, así es lo que he escuchado.

En cambio, en el caso contrario, si no te aparece la flor y vos estás bailando, hasta de cabeza desnudo, te sale el diablo y te caen maldiciones y enfermedades. Entonces, casualmente esa fritanga era debajo del palo de chilamate. Pues comenzó a crecer, ¿no? Ya tenía mesas, hacía un chiringuito y *tó*. Y cada vez se llenaba más, ¿no?

Entonces, los cuentos siguieron y siguieron, hasta que llegaron los de sanidad, ¿no? A ver si es cierto todo el cuento. Lo raro fue que yo jamás vi un perro alrededor pues.

No sé si verdaderamente fue cierto o no, pero la carne asada era de lo primero que se podía comer. Y siempre llena, siempre llena.²⁰

El estofado al que la abuela echaba su saliva.

Jairo me contó que su abuelita hacía una carne, hacía una especie de estofado, más bien una especie de sopa, y decían que era excepcional.

Y el secreto para que la sopa quedase muy bien es que la carne, al momento de prepararla, se supone que la hacía así, le daba un lengüetazo con saliva, y que ése era su secreto.²¹

La masa de la chicha a la que la cocinera añadía mierda.

Hay otra que es el sùmmum de lo asqueroso. Hay una bebida típica que se elabora a base de maíz, más o menos, que es la *chicha*. [Para hacer] la *chicha*,

²⁰ *Cuentos y leyendas inmigrantes*, núm. 359.

²¹ *Cuentos y leyendas inmigrantes*, núm. 355.

se toma el maíz, se tritura un poco y se deja fermentar. Ésa es la elaboración tradicional.

Bueno, luego, cuando ya está fermentada, se agrega un poco de agua, azúcar, y se mezcla. Luego hay *chichas* que son aguardientes.

Ésta era una señora que, en un pueblo, creo que era en León, y era completamente exquisito el vaso de *chicha*. Y una vez descubrieron la fórmula secreta. Y es que cuentan que, a la masa considerable de *chicha* —como metían cantidades industriales, porque era una refresquería, un sitio donde expendían refrescos—, le agregaban un pequeño trozo de excremento humano.

Se lo metían a la masa, lo amarraban en un paño y lo metían en el recipiente. Y eso es lo que teóricamente era el secreto de la *chicha*.²²

El masato de yuca que se escupe en un recipiente.

En la selva del Perú hay pueblos como los *agualunas*, o pueblos indios que... no indios, sino que son gente de la selva, que, cuando tú eres visitante, si tú quieres tener una buena relación con ellos, tú tienes que tomar el *masato*. Y el *masato* es una bebida que se prepara mascando la yuca. Mascas la yuca y lo escupes en un recipiente. Eso se fermenta. Y, cuando se fermenta, te la dan a ti.

Mi abuelo lo tomó, porque tuvo un problema en su pierna, y decía que le habían hecho daño. Entonces tuvo que irse a esos pueblos para que le dieran un empaste de hierbas especiales, porque ellos saben de la naturaleza. Y, cuando él llegó, pues le dieron *masato*, y tuvo que tomárselo. Y, además, me dijo que sabía como fuerte, como una *chicha* fuerte.²³

Llega un cliente a la panadería, y lo primero que hace es ver al panadero. El panadero está echando carbón en el horno y está sudando, se está limpiando las axilas, y sigue sudando. También se limpia la nariz y se quita los mocos. Entonces se voltea y empieza a amasar el pan, pero siempre sudando y limpiándose. Agarra y hace una bola de masa y se la avienta contra el ombligo para que saque la forma de una magdalena. Entonces el cliente le dice:

—Oiga, qué asco. Pero ¿cómo usted hace eso?

Y el panadero le contesta:

—Hombre, pues si viera usted cómo hago los donuts.²⁴

DE VUELTA A LAS GASTRONOMÍAS CANÍBALES

Entre el menú que proponía el moro de Mequinez denunciado por la prensa española de 1868 y los que después han ido desfilando ante nuestros

²² *Cuentos y leyendas inmigrantes*, núm. 356.

²³ *Cuentos y leyendas inmigrantes*, núm. 358.

²⁴ El informante fue Adrián Á., de 29 años, de México DF, entrevistado por mí en Alcalá de Henares el 26 de mayo de 2004.

ojos es fácil detectar una diferencia importante: que el primero integraba carne humana, mientras los demás acogían, si descontamos algún caso concreto (el del rumor acerca de los cadáveres que se degustan en los restaurantes chinos, por ejemplo), otras clases de ingredientes repulsivos. Es hora ya de que nos centremos en la cuestión caníbal, porque introduce elementos de análisis muy singulares y apunta hacia un muestrario de fuentes y paralelos más amplio.

Señalemos, para empezar, que todos los relatos que hasta aquí hemos conocido y los que nos resta conocer, comparten una clave esencial: que atribuyen las prácticas de cocina macabra a *otros* de clase étnica o social diferente, en sintonía con la creencia, prácticamente universal, de que los *otros* no solo *son*, sino que también *se alimentan*, de manera distinta a como lo hacemos nosotros.

Este relato registrado en el pueblo de San Esteban de Zapardiel (Ávila) atribuye las prácticas caníbales a unos *otros*, los gitanos, que a menudo han sido convertidos, de manera profundamente injusta, en víctimas de los más disparatados rumores y en chivos expiatorios de todos los prejuicios y fobias sociales:

Las nalgas de mi abuela.

Mi padre *servió* muchos años aquí en el pueblo, pero luego también estuvo en un caserío, y ahí... Pues ese... estaba en unas olmedillas, a un caserío sirviendo, y cuando venía los sábados a... , venía en un burro a casa a... mudarse, porque era por ahí cerca de Arévalo el caserío ese, por Palacios. Y nosotros vivíamos aquí.

Y ya venía y *ice* que se puso mucha niebla, una niebla muy cerrada, muy cerrada, que no se veía, que llegó allí a los pinares y ya se perdió. Ya no sabía... *Y ice* que vio en un pinar, pues lumbre, con mucha leña o una ya... Dice:

-*Po's* voy a ver aquí. ¡Algo me dirán! No creo que vaya a pasar nada...

Y eran gitanos que estaban haciendo la cena, las gitanas y muchos niños:

-¡Buenas noches!

-¡Buenas noches!

Y...

-¡Buenas noches!

Dice... Mi padre ya le conocían porque le iban a pedir muchas sacas de paja a la era *pa'* dormir. Y le decían:

–Señor Paulo, que mañana se lo traemos por la mañana pronto, cuando nos levantemos.

Porque *ice*:

–Yo no soy el amo, pero si viene el amo mañana y ve que, que falta la paja, pues me va a regañar.

Dice:

–¡No! Pero *namás* de levantarnos, se *lo* traemos la paja.

¡Bueno!, pero ha *pasao* una noche... , como ya ellos se conoce que le conocían de que le iban a pedir paja, ¡fíjate tú!, dice:

–Es que me he perdido, que voy al pueblo, con esta niebla no veo... .

Conque el gitano dice:

–¡Ah, señor Paulo!, pues ahora mismo va un chaval y le... le saca de aquí, le enseña el camino.

Conque detrás del burro subió al... al chaval, ¿no? ¡Hombre!, ¡claro!

Dice:

–*Se quede usted* a cenar aquí... .

–¡No!, que son muchos –decía mi padre.

Dice:

–Pues tendréis buena cena porque, ¡cómo fríe la sartén!

Dice:

–¡Sí!, *güele mu* bien.

Dice:

–Pues, ¡sí!, sí tienen *mu* buena cena.

Pero no le decían la cena que tenían.

Conque ya le dice:

–¡Bueno!, pues ahora este chaval... –¡no!, dice–, este chaval... .

Lo probó mi padre, ¡sí!... Dice:

–Está bueno.

Dice:

–Pero este chaval ahora detrás al... , le subimos *ara* detrás de este burro y le saca ya de los pinares y le *ice* por dónde va la senda.

Conque así lo hizo. El chico se subió al burro y ya le dice mi padre:

–Oye, –dice–, ¿qué hemos *cenao*, –dice–, que estaba tan bueno? –dice –.

He *preguntao* a tus padres y no me lo dicen.

Dice:

–Señor Paulo, –dice–, no se lo digo porque luego mi padre me pega... .

Dice:

–¡No!, –dice–, ¡si yo no se lo digo! Tú dime qué es lo que... habéis *cenao*, –dice–, pero yo no le digo nada a tu padre.

Cuando ya dice:

–Señor Paulo, pues nos hemos *cenao* las nalgas de mi *agüela*... .

Dice:

–¡Jodío! –dice–... Y lo he comido yo... , y lo he comido yo... .

Cuando llega mi padre aquí, estábamos *tos alredorcito* de la lumbre esperando a que llegara con el burro, porque nos traía algunas veces piñas, las piñas de... Como andaba por los pinares... .

Dice:

—¡Sí, sí! ¡Buena me ha cos...!, buena me ha *sabío* esta noche el traeros la piña! —dice—, que me he perdido, —dice—, y he *entrao* en un pinar que he visto mucha... eso y eran gitanos. Me ha *dao* de cenar —dice—. ¡Y buena cena!, —dice—, que... que estaba pero buenísima —dice—. Freían la sartén... Y cuando pregunto al chaval que me sacó al camino pa' coger la senda y le digo que qué habían *cenao*, dice:

—Mire *usté*, señor Paulo, no se lo digo porque luego mi padre me pega.

Dice:

—Que yo no se lo voy a decir a tu padre. Tú dime qué es lo que hemos *cenao*.

Dice:

—Mire *usté*, las nalgas de mi *agüela*...

Y cuando llegó aquí, *po's* ¡claro!, ocho hijos... se lió a contar lo que le había *pasao* y *tos* con la boquita abierta... pensando que era *verdá*, de *verdá*...²⁵.

Este otro relato asocia la práctica de la degustación de cadáveres (o de sustancias que han estado en contacto con cadáveres) no a personas de un grupo étnico determinado (como serían los moros, los chinos o los gitanos), sino a los de un oficio diferente: el de enterrador en este caso, con todas sus connotaciones de impureza:

El enterrador.

Esto era un enterrador que había en Jimena [de la Frontera, Cádiz]. Era muy mayor, tenía una casa muy sucia y vivía muy malamente. Cuando se moría alguien, le echaba solo un poquito de tierra y cuando se iba la familia lo desenterraba y le quitaba los zapatos, porque antes se enterraba a la gente con los zapatos, y además nuevos. También le quitaba la ropa para los hijos, para la mujer o para él. En fin, que era una gente muy baja, muy sucia.

Había una mujer maestra barbera que era viuda y tenía cuatro hijos. Eran de clase media, estaban bien. Tenía una barbería donde trabajaban los tres varones y una hembra que tenía. La mujer amasó una torta con azúcar y aceite y la llevó al horno. Más tarde fue a por la torta, pero la mujer del horno se equivocó y le dio la del enterrador. Después vino el enterrador y se llevó la de la barbera. El enterrador dijo:

—Esta no es mi torta.

—Pues entonces —dijo la panadera— la suya se la ha llevado la maestra barbera.

Fueron a su casa y se encontraron que ya se la habían comido.

Y con todo esto que pasó le sacaron una copla en el pueblo:

²⁵Luis Miguel Gómez Garrido, *Literatura de tradición oral y cultura popular de La Morañna (Ávila)*, Ávila: Institución “Gran Duque de Alba”, 2014, pp. 247-248.

Decían los cuatro hermanos:
 “Estas sí que son fatigas,
 a muerto me está a mí oliendo
 lo que tengo en la barriga”.
 Después que se la comieron
 y tan buena les sabía,
 todos estaban provocando
 y de asco se morían.²⁶

De algún modo recuerda el relato que acabamos de conocer a cierta fábula que ha conocido alguna difusión a partir de la Edad Media y recorrido, desde entonces, itinerarios verdaderamente insólitos, porque sigue vivo hoy bajo la forma de leyenda urbana o contemporánea. Sus avatares antiguos hablan del cadáver de un judío que, metido en un barril, supuró un licor delicioso:

Del judío muerto.

Dos judíos que vivían en Venecia viajan a Boloña, y uno de ellos cae gravemente enfermo y muere. El otro quiere llevar el cadáver a Venecia, pues estaba terminantemente prohibido hacerlo. Tras cortar el cadáver en partes menudas, lo mete en un barril con diversos aromas y miel, de tal modo que el recipiente exhalara suaves olores. Y se lo confía y encomienda a otro judío que debía ir a Venecia. Éste llevaba el barril en un barco que navegaba por el canal de Ferrara y al que suben otros pasajeros; y sucede que un florentino se sienta cerca del barril. Al llegar la noche, el olor del barril le lleva a sospechar que se escondía buena cena y comienza a degustar lo que había dentro. Pareciéndole alimento muy sabroso, se comió casi todo lo que había en el barril, acabando con todo poco a poco, en una noche, pensando que se había dado una suculenta comida.

Debiendo dejar el barco en Ferrara el judío coge el barril y se da cuenta por lo ligero de que está vacío, por lo que se pone a gritar que le habían engañado con el cadáver del judío. El florentino se da cuenta de que era sepulcro de un judío.²⁷

Relato que es un claro e inesperado precedente de otros que circulan hoy —el ejemplo que sigue es norteamericano— como leyenda contemporánea:

²⁶Juan Ignacio Pérez y Ana María Martínez, *Cien cuentos populares andaluces recogidos en el Campo de Gibraltar*, Algeciras: Asociación Lit.Oral, 2003, núm. 95.

²⁷Dr. Avelino Sotelo Álvarez, *Poggio Guccio Bracciolini (1380-1459), humanista florentino*, Torrevieja, Alicante: PhD Áristos Editor's, 2001, núm. 132.

El cadáver del barril.

Hace algunos años, el padre de un amigo mío compró una casa enorme en el centro de Bodmin Moor, una casa de estilo entre georgiano y regencia, construida en el terreno de una antigua granja.

En la inmensa bodega encontraron media docena de barriles muy grandes. “¡Dios mío! —dijo la madre—. Podemos cortarlos por la mitad y plantar naranjos en ellos”.

Empezaron a cortar los barriles por la mitad, pero descubrieron que uno de ellos no estaba vacío, así que lo pusieron de pie y pidieron al bar vecino el equipo necesario para abrirlo. La bodega se llenó de un rico y embriagador aroma jamaicano.

“¡Es ron, vive Dios!” dijo el padre. Y, ciertamente, así era, así que decidieron dar buena cuenta de los aproximadamente ciento cincuenta litros del licor antes de cortar por la mitad el barril.

Un año después, tras haber consumido litros y litros de ponche de ron, ya empezaba a resultar difícil sacar más del barril, incluso inclinándolo con cuña. Entonces lo cortaron por la mitad y dentro encontraron el cadáver bien conservado de un hombre.

Las personas que morían en las colonias y habían expresado su deseo de ser enterradas en su país eran enviadas dentro de algún licor, que era mucho más efectivo que la salmuera [...]

Probablemente es una leyenda inglesa derivada del hecho real de que los cadáveres se traían del extranjero en barriles de licor. Cuando el almirante Nelson cayó en la batalla de Trafalgar en 1805, por ejemplo, para enviarlo a Inglaterra, su cuerpo fue conservado en un barril de coñac, luego sustituido por vino en Gibraltar. Según la leyenda, los sedientos marineros se bebieron parte del vino que sirvió de improvisado conservante al cuerpo de lord Nelson. En Francia se cuenta una leyenda similar respecto de un cadáver encontrado en una cuba de vino barato procedente de Argelia. El cuerpo del hombre tenía, por lo visto, o un cuchillo clavado en la espalda, o un nudo de ahorcado alrededor del cuello. El equivalente norteamericano de estas historias es un cadáver en descomposición encontrado en el depósito de agua de una ciudad cuando lo abren para hacer limpieza o para revisar la obstrucción del desagüe.²⁸

No puedo garantizar la autenticidad de esta historia, pero Ellis Darley de Cashmere (Washington), patólogo jubilado, dice que le ocurrió a uno de sus antiguos colegas de California.

El colega, otro científico, se crió en Yugoslavia. Durante la segunda guerra Mundial, este amigo yugoslavo sufrió varias veces de falta de alimentos, una circunstancia que se veía aliviada cuando recibían los paquetes de ayuda de sus familiares de los Estados Unidos.

²⁸Jan Harold Brunvand, “El cadáver del barril”, en *El fabuloso libro de las leyendas urbanas. Demasiado bueno para ser cierto*, trad. M. Berastegui, Barcelona: Alba, 2002, vol. I, p. 268-270. Véanse además, en la misma obra, “Caníbales involuntarios” (pp. 270-271), y “¡Sin mayonesa! ¡Sin mozzarella” (pp. 271-273).

La comida llegaba en latas y, al parecer, llegó una sin etiqueta. Era polvo, y la familia yugoslava supuso que era un suplemento vitamínico, que en aquel entonces les venía muy bien.

Lo probaron con la comida, notaron que le añadía cierto saborcillo, y así se comieron toda la lata.

Unas semanas más tarde les llegó una carta en la que les avisaban de la llegada del paquete.

¡En ella les decían que la abuela yugoslava había muerto y que enviaban a su país sus restos incinerados en aquella lata!

¡Bueno, desde luego fue bien recibida! [...]

En toda Europa se cuentan variaciones de esta historia, en la que se confunde a los “cremados” con una bebida instantánea, sopa en polvo, harina, preparado para bizcochos o condimento. En 1990 un programa de la BBC emitió la carta de un oyente que aseguraba que su familia había mezclado con el pudding de Navidad los restos de un familiar muerto en Australia y se habían comido la mitad antes de recibir la carta aclaratoria. Una historia recuperada del Renacimiento cuenta cómo los pasajeros de un barco se comieron sin saberlo el cadáver de un judío que volvía para ser enterrado en su país en un barril de salmuera. En la actualidad, en países con graves problemas de alimentos, siempre surgen rumores de carne humana vendida como si fuera de buey.²⁹

Esta otra crónica de gastronomía escabrosa, ahora mexicana, tiene el interés de que desplaza la barrera de la otredad a la dicotomía campo/ciudad o, según apunta su narradora, de barbarie/civilización:

Quisiera empezar mi reflexión a propósito de la comida en el *Sendebarr* castellano con un recuerdo personal que fue el que me llevó a pensar en este tema. Hace muchos años, doña Consuelo, una señora mayor amiga de mis padres, nos contó en una sobremesa algo que según ella le había pasado en un funeral de pueblo.

La noche del velorio, después de varias horas de rezos, llantos y condolencias, la familia del difunto les sirvió a los presentes unos tamales deliciosos. Al día siguiente, después del entierro, a la hora de las despedidas, doña Consuelo le comentó a una de las mujeres de la casa lo mucho que le habían gustado los tamales, y le preguntó cómo los hacía. La mujer le explicó con orgullo que estaban hechos con el agua con que le habían lavado los pies al muertito. “Fíjense nomás —comentó doña Consuelo— el asco que me dio, y el esfuerzo que tuve que hacer para disimularlo”. Las exclamaciones y las risitas nerviosas no se hicieron esperar.

²⁹Brunvand, “Caníbales involuntarios”, *El fabuloso libro de las leyendas urbanas. Demasiado bueno para ser cierto*, vol. I p. 270-271. Leyendas de este tipo han sido también documentadas en España. Véase Grup de Recerca Folklòrica d'Osona, *Benvingut/da al club de la SIDA*, núm. 11 (“Les sopes d'Àmerica”).

Todos los que la oímos estuvimos totalmente de acuerdo en lo asqueroso del suceso y, por lo menos a mí, la historia se me quedó en la memoria para siempre [...]

Doña Consuelo, que era una gran conversadora, no nos contó la historia para enseñarnos una lección moral y modificar nuestra conducta, como trata de hacer el privado con el rey en el *Sendebär*. Por lo menos, no de una manera tan obvia. Su objetivo, más o menos explícito y más o menos consciente, era establecer por medio de una historia divertida e inolvidable una diferencia radical entre la vida pueblerina y la vida “civilizada” de la ciudad. El asco que sentimos todos los que oímos su historia fue una prueba, de lo más convincente, de la superioridad de nuestro grupo, el de los “civilizados”, que veíamos esa costumbre de comer un alimento que participaba de la esencia de un cadáver como algo totalmente contaminante e inaceptable.³⁰

He aquí un relato hondureño que atribuye otra modalidad de gastronomía macabra a un tipo de persona que reúne otras marcas de otredad —mujer, campesina, tenida por bruja— distinta de las anteriores:

La bruja Cleo.

La bruja Cleo es la bruja más famosa de Honduras. ¡Esa mujer es de cuidado! Ella vivía en El Porvenir, allá adelantito de Cedros.

Como en el noventa y algo, la metieron presa porque se le descubrió que hizo *tucos*³¹ a unos hombres con *un* hacha vieja. Dicen que primero los sedujo, y luego los *pedació* para usarlos en sus ritos satánicos.

Dicen que la desgraciada después de que los descuartzizó, los hizo en tamales; otros cuentan que los hizo carne asada, y los vendía en un puesto que quedaba frente a un burdel.

Dicen que la *chotiaron*³² unos *chepos*³³ que andaban detrás de unos ladrones y pasaron por el caserío haciendo visitas de rutina. Ellos sospechaban que los ladrones estuvieran escondidos en esa zona. Pasaron casa por casa revisando que no los tuvieran escondidos.

Cuando estaban en la casa de la bruja Cleo se van fijando que había un mosquero bárbaro alrededor del fogón, que estaba prendido y con una olla de frijoles encima. El fogón limpito, blanquito por fuera. ¡Dicen que eran de esas moscas verdes, grandes, grandotas!

Les sorprendió que tanto se acercaban al fuego esas moscas. ¿Qué buscaban pues? Y es que ahí es que tenía en ese fogón a un hombre podridito ahumándose. Y así la empezaron a investigar.

³⁰Eloísa Palafox, “*E yo tomava aquella masa en escuso e faztala pan*: el lugar de la comida en el *exemplum* medieval, el caso del *Sendebär* castellano”, *Memorabilia* 11 (2008) pp. 65-80.

³¹*Tuco, m.* Trozo de madera, hierro u otro material. DRAE.

³²*Chotear, tr.* mirar (dirigir la vista). DRAE.

³³*Chepo, Hond.* Policía. No DRAE.

Cuando ya tenía tiempo de estar presa, dicen que se escapó. Ella podía transformarse en verdura. Allá al tiempo la fueron encontrar, pero les costó. Sigue presa.³⁴

LA TIENDA DE MEQUINEZ, ENTRE UNA PASTELERÍA DE PARÍS Y OTRA DE LONDRES

A comienzos del siglo XV fue caso sonadísimo en París la detención y ejecución de Barnabé Cabard y de Pierre Miquelon, el barbero y el pastelero que habían formado —según la acusación— una lucrativa sociedad para asesinar a muchos de los clientes que entraban en la barbería y convertir su carne en ingredientes de las viandas —que gozaron de enorme reputación— que despachaba la pastelería.

Los versos 855-949 del Primer Libro del *Espill* (*El espejo*), obra maestra —compuesta a mediados del siglo XV— del médico Jaume Roig de Corella y de la literatura valenciana medieval, hablaban (para ejemplificar la presunta maldad de las mujeres, que era la tesis que pretendía probar todo el libro) de una hostería de París cuyas taberneras se dedicaban —hasta que fueron desenmascaradas y ejecutadas— a elaborar succulentos pasteles, salchichas y longanizas a base de la carne de algunos de sus incautos huéspedes.

Uno de los personajes legendarios del Londres decimonónico fue Sweeney Todd, el famosísimo barbero de Fleet Street, cuya existencia no ha podido ser nunca probada —aunque algunos historiadores afirman que fue ejecutado en 1802—. Se dedicaba, según la *vox populi* y los escritores e incluso cineastas que han fabulado profusamente acerca de su vida, a degollar a sus clientes de la barbería y a hacer con su carne viandas exquisitas que eran despachados en la pastelería de su esposa.

Entre 1805 y 1830 más o menos, Pierre y Marie Martin, hosteleros de la venta de Peyrebeille, en el concejo de Lanarce, en la comarca francesa

³⁴Relato registrado en Tegucigalpa (Honduras) por Fernanda Martínez, quien amablemente me lo ha cedido.

de Ardèche, asesinaron e hicieron sabrosos guisos con los cuerpos de una cincuenta de personas que habían ido a dar a su venta. Fueron ejecutados el 2 de octubre de 1833, ante miles de personas, y su tétrica venta se ha convertido hoy en museo.

En alguna ocasión futura nos detendremos en el análisis más pormenorizado de estos relatos y de otros que hay parecidos. Por el momento, su sola consideración corrobora lo difuso y conflictivo de las bases sobre las que se asientan, entre la realidad y el rumor, la historia y la leyenda, todos los relatos que hasta aquí hemos conocido. ¿Hubo barberos y pasteleros asesinos en el París medieval, o en su condena se inmiscuyó el desprecio con que eran considerados sus respectivos oficios, tenidos por viles entre los viles? El relato de Roig de Corella de unas décadas después parece inspirado, pese a que convierte a los asesinos en asesinas, en los supuestos crímenes parisinos de Cabard y Miquelon. Pero, ¿por qué vías le llegarían aquellas noticias al poeta valenciano, y en qué eslabones de la transmisión irían produciéndose sus alteraciones? ¿Existió el barbero londinense de verdad, o fue tan solo un fantasma construido por una imaginación popular sugestionada por el sinnúmero de relatos análogos que habían de estar circulando por ahí? ¿No será exagerada la cifra de cincuenta víctimas presuntamente asesinadas y devoradas por los venteros franceses de Peyrebeille? Sea como sea, el caso es que, a la luz de estos otros relatos y analogías, el reportaje de 1868 acerca del moro que supuestamente asesinó y cocinó a veintisiete desdichadas mujeres judías de Mequinez se nos revela como eco, y no demasiado elaborado, de las muchas fábulas de esa cuerda que debieron de estar en circulación en el siglo XIX (aunque no solo en él).

Un siglo que, con toda su ciencia y sus progresos técnicos e industriales, no dejó de seguir apegado a leyendas y a supersticiones atávicas, a relatos cuya savia venía, en última instancia, de un folclore ancestralmente mágico. Los casos de los crímenes caníbales presuntamente perpetrados en

Mequinez y los del barbero asesino de Londres pueden ser buenos ejemplos decimonónicos, por más que fueran revestidos con los hábitos de la crónica periodística y hasta forense, de raíces profundamente hundidas en el folclore. Compárense, para comprobarlo, con este cuento que es tradicional entre los djerma de Níger, y que nos habla de una peluquera que, tras su obsequiosa hospitalidad, ocultaba despiadados rituales antropófagos:

Dos muchachas y su hermanito.

Un día, dos hermanas fueron a arreglarse el pelo a casa de la peluquera del pueblo vecino. Tras un día de marcha, llegaron por fin, a casa de la peluquera. El hermanito de las dos muchachas, presintiendo un peligro, decidió seguirlas discretamente, escondiéndose detrás de los árboles cada vez que las muchachas se daban la vuelta para comprobar si les seguía su hermano.

Las muchachas fueron bien acogidas por la peluquera, que les hizo las más bonitas trenzas. Al anochecer, la peluquera les preparó unos platos suculentos para la cena, pues las muchachas tenían que pasar la noche en casa de la peluquera, ya que no podían emprender el viaje de regreso a su pueblo por la noche. La peluquera que, en realidad era una mujer muy mala aparte de ser *tcharkow*,³⁵ tenía la intención de comerse a las dos hermanas cuando se hubieran dormido.

Aprovechando la oscuridad de la noche, cogió su cuchillo y empezó a afilarlo, preparándose para cometer su crimen. En este momento, surgió el hermanito de las dos muchachas que estornudó ruidosamente y pidió a la mujer que le preparara algo para comer. Al ver que su tentativa de despistar a la mujer de sus maléficos preparativos no podía afectarla, decidió recurrir a otra estratagema más audaz.

Sabía que esa noche, sus dos hermanas iban a ser inmoladas. Entonces decidió quedarse despierto toda la noche a vigilar discretamente a sus dos hermanas. Cuando las dos muchachas y los propios hijos de la peluquera, que eran dos muchachos, se acostaron, el niño se puso discretamente a cambiar la ropa de sus hermanas y de los dos muchachos.

Vistió a sus hermanas con la ropa de los dos muchachos, a quienes puso la ropa de sus hermanas y esperó, escondido en la oscuridad. Más tarde, durante la noche, la bruja entró en el cuarto donde dormían sus dos hijos y las dos muchachas. En la oscuridad, sacó su cuchillo y degolló a los que llevaban ropa de muchacha, ignorando que eran sus propios hijos.

Tras marcharse la bruja, el niño despertó a sus hermanas, a quienes contó lo sucedido, y los tres huyeron antes de que la bruja se despertara y se diera cuenta de su error. De ese modo fue castigada la peluquera, víctima de su

³⁵Personas que se cree que tienen aspecto normal, pero que en realidad son brujos o brujas con poderes mágicos y hábitos caníbales. Se cree que sus poderes se transmiten de generación en generación, y que acechan sobre todo a personas de gran hermosura física o que tienen otros méritos destacados.

propia maldad, gracias a la astucia del niño, cuya fama de “niño listo” se extendió desde entonces por todos los pueblos vecinos.³⁶

El relato de los djerma de Níger que acabamos de conocer es un avatar del cuento que tiene el número ATU 327B (*The brothers and the ogre*) en el gran catálogo de cuentos internacionales de Aarne-Thompson-Uther. Sus avatares, enormemente variables, han sido registrados en geografías que van desde Finlandia hasta Indonesia, o desde Madagascar a Brasil. Pero el caso es que nuestra versión djerma, al estar protagonizada por una peluquera caníbal que tiene la costumbre de hacer desaparecer (en el fondo de su estómago) a los huéspedes incautos que cruzan las puertas de su establecimiento, confirma una constelación compleja y fascinante de relatos emparentados e híbridos en que tienen también encaje las demás fábulas que hemos ido conociendo, empezando por la de los crímenes de Mequinez de los que partimos.

Al margen de todos los encuentros y cruces, directos e indirectos, que hayan podido tener, en el fondo de todas estas narraciones late un miedo de los más elementales que pueden acechar al ser humano, puesto que la boca es no solo la puerta de entrada del alimento en el estómago, sino también la vía por la que se cree que las asechanzas del exterior pueden ingresar y contaminar la personalidad y el alma.

BIBLIOGRAFÍA

- AFANÁSIEV, Alexandr N. (2002) *Cuentos prohibidos rusos*, trad. J. Garrote, Madrid: Mestas.
- AGÚNDEZ GARCÍA, José Luis (2004) “Tradición oral y literatura (II). Cuentecillos de Santa Cruz en Rafael Boira”, *Revista de Folklore* 288, pp. 194-207.
- BRUNVAND, Jan Harold (2002) *El fabuloso libro de las leyendas urbanas. Demasiado bueno para ser cierto*, trad. M. Berastegui, Barcelona: Alba.
- Cuentos y leyendas inmigrantes. Duendes, fantasmas, brujas, diablos, santos, bandidos, y otros seres inquietos e inquietantes de Hispanoamérica y de algún misterioso lugar más*, coord. José Manuel Pedrosa, Cabanillas del Campo, Guadalajara: Palabras del Candil, 2008.
- DELIBES, Miguel (2001) *Viejas historias de Castilla la Vieja*, Madrid: Alianza, reed.

³⁶Boubou Hama, *Contes et légendes du Niger*, 6 vols., París: Présence Africaine, 1972-1976, vol. IV, núm. 6.

- DIAS MARQUES, José Joaquim (2008) "Leyendas vivas en Portugal: el robo de órganos en las tiendas de los chinos", *Antropologías del miedo, Antropologías del miedo. Vampiros, sacamantecas, locos, enterrados vivos y otras pesadillas de la razón*, eds. Gerardo Fernández Juárez y José Manuel Pedrosa, Madrid: Calambur, pp. 259-296.
- DÍAZ VIANA, Luis (2003) "La aldea fantasma: problemas en el estudio del folklore y la cultura popular contemporáneos", *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* LVIII, pp. 29-46.
- DÍAZ VIANA, Luis (2003) *El regreso de los lobos. La respuesta de las culturas populares a la era de la globalización*, Madrid: CSIC.
- DÍAZ VIANA, Luis (2008) *Narración y memoria. Anotaciones para una antropología de la catástrofe*, Madrid: UNED.
- GÓMEZ GARRIDO, Luis Miguel (2014) *Literatura de tradición oral y cultura popular de La Moraña (Ávila)*, Ávila: Institución "Gran Duque de Alba".
- GRUP DE RECERCA FOLKLÒRICA D'OSONA (2002) *Benvingut/da al club de la SIDA, i altres rumors d'actualitat*, coord. Josep M. Pujol, Barcelona: Generalitat.
- HAMA, Boubou (1972-1976) *Contes et légendes du Niger*, 6 vols., París: Présence Africaine, vol. IV, núm. 6.
- HERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, Ángel, *Catálogo tipológico del cuento folclórico murciano*, Alcalá de Henares: El jardín de la voz, 2013.
- Las mil y una noches*, ed. Juan Vernet, 2 vols., Barcelona: Planeta, 1997.
- ORTÍ, Antonio, y Josep SAMPERE (2000) *Leyendas urbanas en España*, Barcelona: Martínez Roca.
- PALAFOX, Eloísa (2008) "E yo tomava aquella masa en escuso e faziála pan: el lugar de la comida en el *exemplum* medieval, el caso del *Sendebat* castellano", *Memorabilia* 11, pp. 65-80.
- PEDROSA, José Manuel (2003) "Pan de adárgama y vino de sorgo: *Las mil y una noches* (noche 580), el *Sendebat* (cuento 4), *Sorgo rojo* de Mo Yan y una *Vieja historia* de Miguel Delibes", *Revista de Poética Medieval* 10, pp. 101-110.
- PEDROSA, José Manuel (2004) "Comidas y bebidas bajo sospecha", en *La autoestopista fantasma y otras leyendas urbanas españolas*, Madrid: Páginas de Espuma.
- PEDROSA, José Manuel (2008) "Vampiros y sacamantecas: dieta blanda para comensales tímidos", *Antropologías del miedo. Vampiros, sacamantecas, locos, enterrados vivos y otras pesadillas de la razón*, eds. Gerardo Fernández Juárez y José Manuel Pedrosa, Madrid: Calambur, pp. 15-48.
- PÉREZ, Juan Ignacio, y Ana MARÍA MARTÍNEZ (2003) *Cien cuentos populares andaluces recogidos en el Campo de Gibraltar*, Algeciras: Asociación Lit.Oral, 2003.
- RÍO, Elena del (2012) "From Law to Urban Legend, and Vice Versa: Creative Food Counterfeiting in Early Modern Spain", *Boletín de Literatura Oral* 2, pp. 121-128.
- RODRÍGUEZ PASTOR Juan (2001) *Cuentos extremeños obscenos y anticlericales*, Badajoz: Diputación.
- SANCHEZ FERRA, Anselmo J. (2000) *Camándula (El cuento popular en Torre Pacheco)* [*Revista Murciana de Antropología* 5 (2000)].
- SÁNCHEZ FERRA, Anselmo J. (2010) *El cuento folclórico en Cartagena* [*Revista Murciana de Antropología*] 17 (2010)].
- SANTA CRUZ, Melchor de (1997) *Floresta Española*, ed. María Pilar Cuartero y Maxime Chevalier, Barcelona: Crítica.
- Sendebat*, ed. María Jesús Lacarra, Madrid: Cátedra, 1989.
- SOTELO ÁLVAREZ, Dr. Avelino SOTELO ÁLVAREZ (2001) *Poggio Guccio Bracciolini (1380-1459), humanista florentino*, Torrevieja, Alicante: PhD Áristos Editor's.
- SUÁREZ LÓPEZ, Jesús (2008) *Cuentos medievales en la tradición oral de Asturias*, Gijón: Red de Museos Etnográficos de Asturias, 2008.
- UTHER, Hans-Jörg (2004) *The Types of International Folktales. A Classification and Bibliography, Based on the System of Antti Aarne and Stith Thompson*, Helsinki: Suomalainen Tiedekatemia-Academia Scientiarum Fennica.

recibido: diciembre de 2014

aceptado: febrero de 2015